



ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL: EL HOGAR, CUNA DE LA FE

I - TEMA 6

Objetivo:

PENDIENTE DE DESARROLLAR



I. Para preparar el encuentro

Tema: Espiritualidad Matrimonial/ el hogar, cuna de la fe.

Objetivo: pendiente de desarrollar.

- **Introducción**

En 1956 el Padre Kentenich dijo lo siguiente: “¿Qué se acerca más al cielo? No son las películas, ni los carros en los que viajamos por el mundo, ni el baile, ni las revistas, ni la radio, etc. ¿Qué se acerca más al cielo? ¡NUESTRO PEQUEÑO HOGAR DE FAMILIA! ¿Podrán sus hijos decir lo mismo? Donde una persona nace y crece es el lugar más hermoso después del cielo... no importa si hay dinero, fama, muchas cosas o si se disfruta la vida, etc...” (Notas privadas de Hank y Dorothy Gmeinder, plática del Padre Kentenich a los matrimonios en Madison, 4 de septiembre de 1956, según el Sr. Gmeinder, libro sin publicar, Cántico del Terruño: Un Tributo a la Memoria del Padre José Kentenich.)

Transmitir la fe es pues preparar, ayudar y acompañar a nuestros hijos a creer, a encontrarse personalmente con Dios, con el Dios de la vida.

Pero, ¿cómo vivir la fe en la familia? ¿cómo transmitirla a nuestros hijos? Educar en la fe hoy no es una empresa fácil. La fe no se ve, se vive. Es un don de Dios que se recibe y se puede transmitir entre las generaciones. Pero solos no podemos: la gracia de Dios y María como Madre y Educadora nos van a ayudar a ello.

Seguramente a muchos les ha llamado la atención cambios concretos que ha tenido la Iglesia en los últimos años. Por un lado, una disminución de la devoción tradicional. Por otro, el surgimiento de corrientes de oración y fuerza juvenil. Algunos recordaran con melancolía tradiciones olvidadas; otros verán con esperanza nuevas oportunidades que van surgiendo.

Por sobre todo, lo que es innegable, es reconocer que la Iglesia es una comunidad vida de creyentes, en constante movimiento y renovación. El Espíritu Santo hace nuevas todas las cosas y las está haciendo en nuestro hoy. A partir de esta constatación de realidad, compartamos con el grupo todos aquellos cambios que hemos percibido y visto en los últimos años. Aquellos que nos han costado comprender y aquellos que nos han traído alegría y esperanza.

- **Preguntas para la reflexión**

¿Qué significa y cómo podemos arar bien la tierra de nuestro hogar?

¿Podemos hablar de una historia sagrada que aconteció y que continúa aconteciendo en nuestra vida y en nuestra familia?

¿Qué vivencias ofrecemos a nuestros hijos para cultivar una fe sana y sencilla?



¿Educamos más con las palabras que con el ejemplo? ¿Soy consciente de que soy yo quien tiene que mirarse adentro, que exigirse o educarse antes recriminar, de exigir o educar al cónyuge o a los hijos?

Como padre y madre, ¿soy camino para que mis hijos y mi cónyuge conozcan y amen más y mejor a Dios Padre, a la Mater?

¿Dejo que mis hijos y mi cónyuge sean como Dios tiene pensado o quiero manejar yo los hilos de la historia y controlarlo todo?

¿Qué nos ayuda en casa para tener más presente al Dios de la vida?

¿Teníamos costumbres familiares en nuestras familias antes de casarnos? ¿Cuáles queremos tener ahora para nuestra familia? ¿Qué nos ayuda ahora para poder vivir la fe en familia?

• Actividad para la reunión

Se reparte una hoja grande DIN A3 con las palabras: TRANSMITIR LA FE

Los participantes deben escribir, comenzando con cada letra, una frase que nos ayude a recordar lo que hemos aprendido sobre el tema

T ener presente al Dios de la vida

R ezar juntos en familia

A

N

S

M

I

T

I

R

L

A

F

E



2. Contenido del encuentro

Vivimos en una sociedad del rendimiento, del hacer, consumista, desarraigada y desvinculada de las personas, de los lugares, de Dios. Las redes sociales y el mundo virtual están creando una vida paralela que no responde a nuestra realidad. La tecnocracia y ecocracia invaden nuestra vida. El mundo de las relaciones personales se está perdiendo; la celeridad y la inmediatez hacen que nuestra experiencia de vida no permee, no profundice. La vida se torna superficial y Dios queda relegado, porque no es necesario; hay otras distracciones, otros dioses.

Pero la fe que recibimos de nuestros padres o en el colegio no queremos perderla, la queremos transmitir a nuestros hijos. Ardua tarea ... ¿Cómo hacerlo?

El hogar es el primer lugar donde se engendra y se educa la fe. El clima afectivo familiar influye fuertemente en la relación con Dios.

La fe se puede transmitir y cultivar de varias maneras; a esto lo llamamos los “presupuestos de la fe”.

- Los **presupuestos racionales** son las Sagradas Escrituras, las oraciones, los sacramentos. Transmitimos los principios básicos, pero de una manera gradual, poco a poco, ajustándonos a la edad de los niños, a lo que pueden entender.
- **Los morales o ascéticos** serían las pequeñas virtudes, las obras de caridad, los valores, nuestro esfuerzo por profundizar en la fe. La fe se transmite con verdad. Con correspondencia entre lo que decimos, pensamos, hacemos y la realidad. Importa formar sus cabezas en la esencia de que la Verdad existe, no todo lo que opinamos es acertado. “Vivimos en una sociedad y en una cultura que con demasiada frecuencia tienen el relativismo como su propio credo —el relativismo se ha convertido en una especie de dogma—, falta la luz de la verdad, más aún, se considera peligroso hablar de verdad, se considera “autoritario”. (Benedicto XVI)
- **Los presupuestos vivenciales** son aquellas vivencias que hacen que la fe arraigue en el corazón, en la afectividad, en el subconsciente. Los niños miran, escuchan, ven, perciben y sienten que existe un Dios cuando les regalamos esa coherencia de vida entre lo que les decimos y vivimos. Es el testimonio del hogar el que, con creces, deja la mejor semilla en el fondo del alma humana. “¡La huella que dejamos en el alma de los demás no se borra con facilidad!” (Gandhi).

La ausencia física o afectiva, la autoridad bien entendida, cómo ejerzo la corrección/castigo, reconozco mis fallos ante ellos, perdono, enseño a perdonar, sé conjugar firmeza y ternura, cómo educo en la autoestima, cómo exijo, cuándo y cuánto juego y comparto con ellos el tiempo libre, cómo les transmito la seguridad, cómo valoro a cada hijo, dialogo o no, sé conducir al hijo en libertad (qué quiere Dios de mi hijo), respeto la originalidad de cada uno; promuevo la autonomía, el principio de



subsidiariedad, cómo rezo... todo influye en ellos de una manera positiva o negativa. Educar el inconsciente, el alma, la afectividad, el corazón del niño conforma la receptividad y la predisposición a acoger o rechazar la fe.

Cuando el Padre Kentenich conversó con una de las familias en Madison (EEUU) acerca de la importancia de la educación de los hijos, el Padre le dijo las siguientes palabras, "... Debemos preparar a nuestros hijos de manera que puedan enfrentar el futuro – un futuro que tal vez no sea cristiano. Después que una gran tormenta ha atravesado un bosque y arrancado muchos árboles, unos pocos árboles permanecen en pie, si sus raíces han crecido profundamente – de la misma manera debe ser con nuestros hijos y con nuestro hogar. Sus raíces deben crecer fuertes y profundas en el hogar. Si los hijos son educados en un ambiente apropiadamente cristiano, no nos tendremos que preocupar por el futuro. Aunque una que otra crisis pueda surgir, con el tiempo nuestros hijos regresarán a sus raíces." (Tomado de notas privadas de Hank y Dorothy Gmeinder, Madison) Estas raíces de las que habla el Padre Kentenich son el mundo de vinculaciones que intentamos crear en nuestra vida de familia y en nuestro santuario hogar.

- **Lo vivencial:**

- **El hogar es, por tanto, la cuna de nuestra fe. Es el taller donde se forjan las vivencias naturales y religiosas. El hogar es el símbolo del cobijamiento familiar en Dios.**

Educar en la fe a nuestros hijos no consiste solo en enseñarles la doctrina o inculcarles tradiciones, más bien es vivir la fe a través de los acontecimientos de cada día, siendo los padres ejemplo de vida; señalando en el camino al Dios de la Vida, al Señor de la Providencia, al Padre que nos ama, a la Madre que vigila y se preocupa, que educa. La fe se vive en el acontecer diario, en la educación y la autoeducación, en los sacramentos, en la oración matrimonial y en familia, también mostrando el camino de la Iglesia, etc. Educar/nos en la fe en la familia, en el hogar es, en primer lugar, ir escribiendo y leyendo el Libro de la Vida. Es ver en nuestra familia, en la vida diaria al Dios que nos sale al encuentro y que nos ama personalmente.

Los hijos deben tomar el testigo de fe por sí mismos; Los padres cuidarán, delicadamente, que todas las expresiones de la fe se realicen en una atmósfera de alegría sana y libertad, para que nunca pueda servir de justificación de un temporal alejamiento de Dios la "obligatoriedad" de la fe. "Nuestro servicio a la fe de los hijos no tiene como efecto directo e inmediato, una respuesta creyente en él." decía Benedicto XVI. Y continúa: "La fe no es una mera herencia cultural, sino una acción continua de la



gracia de Dios que llama, y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo, los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana. Han de procurar que la llamada de Dios y la buena nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad.”

“El hogar, la familia es la cuna de la fe” (JP II) donde se afianzan las raíces para luego poder dar alas.

- **Y para que las raíces se afiancen en el corazón, en el alma, en la afectividad del hijo hay que “preparar la buena tierra”.**

¿Cómo es nuestra vida familiar en torno al hogar para preparar una buena tierra? ¿Cómo es el ambiente familiar? Revisemos nuestro trato mutuo, la servicialidad, la amabilidad, las conversaciones, el respeto, la libertad, la confianza, el perdón, los límites, la colaboración, la vida de oración, las celebraciones religiosas y familiares, la escucha, etc.

Lo que sella el ambiente del hogar familiar no debe quedar abandonado a la fluctuación de las ganas o de los estados de ánimo, sino asegurarlo mediante costumbres familiares, “leyes no escritas” de la familia. Pero también se asegura hacia “arriba”: en Dios, en lo sobrenatural. Ello supone que el ambiente de la casa también esté impregnado por lo religioso. Ayuda poner imágenes religiosas en los dormitorios, un “altar familiar” (en Schönstatt es el santuario hogar que ya veremos más adelante); rezar en la mesa, rezar en familia, preparar los sacramentos con los hijos, etc.

¿Qué nos ayuda en casa para tener más presente al Dios de la vida?

¿Teníamos costumbres familiares en nuestras familias antes de casarnos? ¿Cuáles queremos tener ahora para nuestra familia? ¿Qué nos ayuda ahora para poder vivir la fe en familia?

La fe depende en muchos casos de que la familia sea una familia sana, donde se cultivan vínculos sanos y profundos; donde los padres dan ejemplo constante, donde “previven” lo que quieren inculcar a sus hijos. Eso influirá fuertemente en la relación con Dios y con la vida sobrenatural.

- **Para preparar una buena tierra también es necesario educar y tener en cuenta el subconsciente, el alma, la afectividad, el corazón nuestro y del hijo. La psiquiatría se ha ocupado de los traumas, centrándose en las vivencias negativas. Sin embargo, hoy es necesario hacer una pedagogía de la fe. Es urgente que**



los hijos experimenten vivencias positivas que penetren en su subconsciente y los dispongan positivamente a la recepción de la fe. Por eso la educación del subconsciente es determinante para la educación de la fe. Eso no significa privarles de la adversidad, que les liberemos del esfuerzo o del sufrimiento de la vida. La reciedumbre, la superación, el esfuerzo, el sufrimiento forman parte también de estas vivencias, que se deben ver con esperanza, con espíritu positivo, hasta con humor.

La actitud de los padres debe ser, por tanto, el puente para comprender y amar a Dios como Padre; Los padres estamos llamados no en primer lugar a educar o formar a nuestros hijos intelectualmente, sino a formar en ellos una afectividad sana que permea la vida de fe.

El resultado no es la suma de factores. La vida espiritual de nuestros hijos puede ser invadida por otros factores, que no dependen directamente de nosotros: la sociedad, las amistades, las relaciones sociales, las redes sociales, la sociedad del bienestar, etc. De ahí que la indiferencia religiosa o el agnosticismo puedan hacer mella en ellos. Ahí entonces, nos queda rezar y confinarlos a la Virgen y al Señor.

Vivimos en una sociedad descristianizada, donde debemos remar a contracorriente. Pero sabemos que somos custodios de un tesoro que es la fe de nuestros padres, y que debemos custodiarlo y transmitirlo a las siguientes generaciones.

Bibliografía:

- Fe y vida matrimonial. P. H. Alessandri.
- Caminos de alegría. P. R. Fernández
- Mi Santuario Hogar: Un Mundo de Vinculaciones Una Fuente de Santidad Paul and Susan Vanderscheuren